

LA SEMILLA DE SCOTT

por EMIR RODRIGUEZ MONEGAL

La lectura de un libro de poemas bastó para determinar el nacimiento de un género. En 1812, al publicarse los dos primeros cantos de la **Peregrinación de Childe-Harold**, de Lord Byron, y obtener un éxito fabuloso (es uno de los **best-sellers** de todos los tiempos), uno de sus ejemplares cayó en manos de Walter Scott que lo leyó con todo cuidado. Esa lectura convenció a Scott que entonces era famoso poeta narrativo que había nacido un nuevo genio y que era inútil pretender competir con Byron. Después de pensarlo un rato, el meditabundo escocés llegó a la conclusión de que tendría que orientar su talento creador por otros cauces.

Así nació **Waverley** o **Hace Sesenta Años**, primera novela de una serie que convertiría a Scott en uno de los hombres más famosos del Romanticismo Inglés (los otros dos eran Byron y a pesar del anacronismo, Shakespeare) al tiempo que lo convertía en creador de la novela histórica moderna.

Aunque la anécdota es conocida, conviene recordarla como pórtico al comentario que provoca la **Antología de la Novela Histórica Española** (1830-1844) que ha recopilado Felicidad Buendía y que acaba de publicar Aguilar de Madrid en su Colección de **Obras Eternas** (1963, 1803 pp., con ilustraciones). Se recogen allí diez novelas, desde **El doncel de don Enrique el doliente**, de Mariano José de Larra (que aprovecha el mismo tema de su drama, **Macías**, ya utilizado también por Lope de Vega en **Porfiar hasta morir**), hasta **El señor de Bembibre**, de Enrique Gil y Carrasco, que es sin duda la obra maestra del género, pasando por obras de Ramón López Soler (el primero en España en atacar el género entonces nuevo), de Estanislao de Cosca Bayo, de José de Espronceda (**Sancho Saldaña**), no de las mejores lamentablemente, de Patricio de la Escosura, de José García de Villalta, de Juan Cortada, de Francisco Martínez de la Rosa y de Serafín Estébanez Calderón. Cualquiera sea el autor, el tema o el estilo de la obra, en todas estas producciones se nota la huella de Walter Scott, huella que por otra parte los autores no sólo no tratan de disimular sino que subrayan empecinadamente. "La novela de **Los bandos de Castilla** (dice López Soler en el prólogo de 1830) tiene dos objetos: dar a conocer el estilo de Walter Scott..."

◆ LAS NEGRAS CAPAS DE LOS EMIGRADOS

La paradoja que encierra esta imitación de Scott en las letras españolas del Romanticismo es múltiple. En primer lugar, casi no existía contacto directo entre ambas literaturas, a pesar de que muchos españoles se habían refugiado de la tiranía de Fernando VII en la neblinosa Londres (vivían ateridos, envueltos en sus negras capas, en el entonces villorrio de Sommerstown que ahora es parte de uno de los barrios céntricos) y que allí uno de ellos (Trueba y Cossío) escribió en inglés la primera novela histórica del Romanticismo español. Cuando los emigrados regresan, ya es demasiado tarde para introducir el género. Las novelas de Walter Scott han invadido España por la vía francesa, en malas retraducciones o en imitaciones más o menos grotescas.

Es cierto que algunos de estos novelistas históricos de España habían llegado directamente a las fuentes inglesas. Así, por ejemplo, en 1823 López Soler funda en Barcelona **El Europeo**, donde empiezan a aparecer las primeras traducciones directas y peninsulares de Byron y Scott. Pero ésta es la golondrina famosa que no hace verano. Las que sí traen de un solo golpe el estío son las que llegan con empuje parisino. Pero esta paradoja histórica no es la única. Otra más sutil, más

conocida, aparece glosada en el prólogo algo caótico de Felicidad Buendía a esta **Antología de Aguilar**. Consiste en que los españoles hayan debido esperar precisamente a la inoculación del escocés para tener novela histórica en el Romanticismo. Porque ya en pleno siglo de oro los españoles habían descubierto la novela histórica con las **Guerras Civiles de Granada**, de Ginés Pérez de Hita, o la **Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa** que imitaría nadie menos que Chanteaubriand.

◆ UNA OPTICA APASIONADA

La explicación de esta segunda paradoja (que Felicidad Buendía apunta pero no analiza ni desarrolla) es que la novela histórica no es en realidad un género inventado por Walter Scott. Antes de él hay novela histórica y no sólo en España. Lo que Scott inventa es otra cosa distinta: es la novela **romántica** de tema histórico. Con sus ojos románticos, Scott vuelve la vista al pasado (sobre todo a la Edad Media, aunque **Waverley** queda más cerca) y con el más desprejuiciado anacronismo emocional recrea personajes y tiempos con la óptica apasionada del Romanticismo. Eso es lo que Scott inventa y lo que descubren sus lectores de todo el mundo. Eso es lo que apasiona a Espronceda como a Larra, a Trueba y Cossío como a José Joaquín de Mora (uno de los primeros en traducir a Scott desde el exilio londinense), a López Soler como a Gil y Carrasco. Es una lástima que Felicidad Buendía en su documentado estudio y antología no haya seguido esta visión crítica.

◆ LA SEMILLA GOTICA

Otra pista que hubiera podido resultarle fructífera es la de las traducciones españolas de la novela gótica, inglesa. Aunque en su prólogo se refiere (en términos algo confusos) a este género, Felicidad Buendía parece no haber advertido que en la novela gótica ya está la semilla, de la novela histórica romántica. No de balde Walter Scott era un gran admirador de Mrs Anne Radcliffe y en sus **Vidas de los novelistas británicos** la elogia sin tasa. Porque en la novela gótica o novela terrorífica o novela negra se encuentra el germen de la pasión del Romanticismo por la Edad Media, por los castillos más o menos en ruinas, por los hombres poderosos y temibles.

Ignoro cuántas novelas góticas inglesas ya había traducidas al español en 1830. Supongo que unas cuantas. Hace unos meses encontré en una librería de la Ciudad Vieja (sí, aquí en Montevideo) una traducción en tres volúmenes de una de las obras maestras de Anne Radcliffe: **El italiano**. Publicada en París, por la imprenta de Pillet Ainé en 1832, este libro tenía el formato de los devocionarios o de los **No me Olvides** y sería sin duda muy fácil de introducir de contrabando en España, a pesar de los ojos avizores de la censura religiosa. Porque Anne Radcliffe sitúa su apasionante novela en una Italia muy terrorífica que domina la Inquisición y la sombra siniestra de Schedoni, el italiano del título. ¿Será demasiado audaz pensar que la lectura de este y otros libros góticos haya servido para preparar, en el ánimo de lectores y de autores españoles, el gusto por la novela histórica? Creo que la pista vale la pena de ser seguida.

De todos modos, aunque su prólogo y sus preámbulos puedan ser susceptibles de ampliaciones y mejoras, es evidente que la **Antología** que acaba de publicar Felicidad Buendía es excelente y merece ser consultada con mucha atención. Tiene además el mérito insustituible de reproducir obras que se encontraban agotadas desde la época misma de su primera edición. Eso la hace más valiosa.

